ILDEFONSO PEREDA VALDÉS

EL CAMPO EN LA LITERATURA URUGUAYA

EL CAMPO ha sido el centro principal de inspiración de la literatura uruguaya. En esta área importante de creación genuina cabe colocar tanto a las novelas de Acevedo Díaz, con excepción de "Brenda", como algunas novelas de Carlos Reyles, "Beba", "El Terruño", "El gaucho Florido", porque Carlos Reyles fue también escritor de tema urbano en novelas como "La raza de Caín". Parte del teatro de Florencio Sánchez se inspira en el campo rioplatense (más argentino que uruguayo), pues este gran dramaturgo se interesó por los problemas urbanos en "En familia", "Cabillita", "Los derechos de la salud", "Los muertos", como aborda fundamentales problemas de la transformación del campo por la influencia del inmigrante italiano como en "La Gringa". Si "Tabaré" fue el canto del cisne del indigenismo romántico uruguayo; "Barranca abajo" fue el canto del cisne gaucho rutinario y haragán.

Con Eduardo Acevedo Díaz comienza en nuestra literatura la aparición objetiva y a la vez poética del paisaje boscoso y abrupto del Río Negro, de los pasos intransitables, de los lugares salvajes e inexplorados, donde merodeaban los matreros, los gauchos alzados y los "tupamaros". La visión magnífica de Acevedo Díaz, no es sólo del paisaje; en aquel ambiente montaraz de espontánea floración de la naturaleza, se mueven sus personajes, Ismael, el gauchito valiente, que se une a las fuerzas revolucionarias de Félix Rivera y que mata a su enemigo Almagro, vengándose en la batalla de las ofensas que infiriera a su honor. Berón es otro personaje que anima las páginas de "Grito de Gloria"; nacido en la ciudad e hijo de españoles, se aclimata en el campo y actúa como un gaucho auténtico.

El binomio hombre y naturaleza uruguaya evocados por Acevedo Díaz se complementa con el narrar de los sucesos históricos y con el desfile de los héroes: Artigas, Lavalleja y Rivera.

"Ismael", que comienza con la descripción de un motivo urbano, la ciudad de Montevideo bajo la dominación española, termina con un hecho de armas en el campo, la batalla de las Piedras. El retrato de Artigas en las primeras páginas es una de las evocaciones mejor enfocadas de nuestro máximo héroe en plena juventud, cuando Artigas era un oficial de blandengues al servicio de los españoles. En "Grito de Gloria", Acevedo Díaz nos sitúa frente al paisaje playero del Uruguay. La playa de la Agraciada, desolada, entristecida por el infortunio de la patria, solitaria y salvaje, se ve de pronto estremecida por treinta y tres valientes, que desde la costa argentina, en míseras barcazas, desafiando la vigilancia del opresor, han desembarcado en la costa uruguaya para libertar en un arrebato de audacia a la patria oprimida. Es la misma escena, la del juramento de libertad o muerte, que Juan Manuel Blanes representó en un famoso cuadro que mereciera una glosa oportuna de José Hernández, cuando fuera exhibido en Buenos Aires. Un destacado escritor uruguayo, Francisco Espínola (hijo), en un meditado estudio sobre Acevedo Díaz compara el cuadro de Blanes con la descripción de lo mismo, en "Grito de Gloria" y se inclina por la superioridad del novelista frente a la evocación plástica, y observa que mientras Blanes amontona en un primer plano sin perspectiva a los treinta y tres héroes, Acevedo Díaz ofrece en su descripción el fondo de la naturaleza, los personajes, la atmósfera indispensable para destacar al hombre en medio del paisaje desolado.

La novela de Acevedo Díaz es la epopeya en prosa de las luchas de nuestra independencia, evocadas por un vigor hasta ahora no superado, en la que se destaca el papel del gaucho como elemento fundamental de la liberación nacional; porque si nuestra independencia surgió del pensamiento de los patriotas de Montevideo, Maldonado o Colonia, tuvo por iniciación el coraje inconsciente y oscuro del Grito de Asencio que proclamaron los gauchos Viera y Benavidez y de Artigas que era un hombre de campo, no obstante haber nacido en la ciudad, pues la mayor parte de su vida la había pasado en la campaña, persiguiendo matreros o defendiendo nuestras fronteras contra las incursiones de los portugueses.

El paisaje campestre de Acevedo Díaz recobra valor epopéyico en la descripción del incendio de un campo, al final de "Soledad", y en la misma novela el gaucho-trova es el arquetipo del payador gaucho, como Ismael lo es del gaucho tupamaro,

De este último personaje, dice Alberto Lasplaces: "Nacido y criado bajo el cielo ancho sin barreras, no hay para él limitaciones ni alambrados. Ismael es el protagonista oscuro y pintoresco de esta novela y en él ha querido el escritor evocar al pueblo anónimo, al soldado desconocido, que hizo posible con su coraje y su sangre la gigantesca epopeya de nuestra independencia política".

En Javier de Viana —otro vigoroso escritor uruguayo—, encontramos al escritor que más que en la descripción de la naturaleza se detiene minuciosamente en estudiar la psicología del hombre del campo. Todos los tipos humanos desfilan por sus libros de cuentos: "Campo", "Macachines", "Yuyos" y "Leña seca", desde el estanciero feudal y el comisario prepotente, al inhumano salteador; desde el infeliz y derrotado gaucho hasta el impetuoso personaje de "Gurí" que cae vencido por el vicio. Manduca Matos es el viejo revolucionario que ha perdido la fe en la divisa; Cipriano el pueblero, es la víctima del ambiente electoral que también sujetó al tipo del bárbaro Cipriano. Y así a través de sus cuentos hay un desfile de tipos vencidos por la vida o comidos por la miseria. El gaucho de Viana no es el gaucho optimista de Acevedo Díaz, que puso su odio o su destreza al servicio de la patria, es el gaucho lamentable de la decadencia, como ha dicho Lasplaces, que lleva en su frente bien visible el anuncio de la desaparición cercana e incomprensiva. Su temperamento de escritor realista, crudo muchas veces, pero siempre observador exacto y pintor admirable, lo ha llevado a la empresa de grabar para siempre en el breve block del cuento cien tipos distintos de nuestros campesinos, para los cuales su subjetivismo tiene a veces una tierna suavidad que emociona, como una mano materna para su hijo débil y defectuoso. Conocedor profundo de la naturaleza patria, devoto de su cielo cambiante, de sus cuchillas monocordes de suaves pendientes, de sus selvas bajas e intrincadas que esconden arroyuelos minúsculos y nerviosos, de sus pájaros inquietos y burlones, de sus lejanías violadas que esfuman horizontes distantes. Todos sus libros son una oración ferviente al terruño querido, una ofrenda sentimental a aquello del interior, como una música que no se acaba nunca, como una alucinación que sólo con la vida desaparece.

La objetividad con que ve el campo y a su habitante, su tendencia evidentemente realista lo apartan de las aspiraciones románticas de Acevedo Díaz de sus primeras novelas. La influencia del naturalismo de Zola indujo a Viana, con carácter experimentalista, a ver el campo y sus hombres bajo el lente de la psicología y de la sociología. Sus cuentos por ello, además del

valor literario, tienen un interés psicosociológico, y tanto interesan al historiador literario como al sociólogo, porque constituyen un documento humano. Zum Felde ha indicado que esta tendenciosidad científica es más que un mérito, un defecto, pero el sociólogo no opina así.

Carlos Reyles, sintió por el campo uruguayo un amor que se formó en sus años mozos, cuando su padre era cabañero. El lo fue, en la Argentina y en Uruguay; después de viajar por Europa y de ponerse en contacto con la cultura europea, especialmente la sevillana, se inspira para escribir "El embrujo de Sevilla", que es un alarde de españolismo, como "La gloria de don Ramiro", de Enrique Larreta; con esta diferencia, que mientras Larreta penetra en el pasado, Reyles representa lo actual; mientras aquél usa el estilo erudito, éste recurre al popular. Se comprendieron mutuamente Reyles y Larreta, aristocracismo y campesinidad es un rasgo común en ambos. Larreta también incursiona en el campo, en su poco logrado "Zogoibi": el campo es artificioso en Larreta, y barroco en Carlos Reyles. Nuestro novelista en "El terruño" capta la época revolucionaria con algún personaje bien logrado como Pantaleón o Mamagela; pero Tocles, es un transplantado en las suaves colinas de la estancia "El Ombú". El paisaje de Reyles no tiene el aspecto abrupto y vigoroso de las novelas de Acevedo Díaz; difiere también la estancia de las novelas de Reyles con la estancia cimarrona que describe Acevedo Díaz en las suyas. Porque carece del vigor de nuestro primer novelista, sus personajes, aun los más gauchos, como Florido, son un poco requintados y no menos barrocos. Reyles, refinado, erudito, nos da una visión quintaesenciada de nuestro campo que nada tiene de primitiva. Viana y Acevedo Díaz coinciden en muchos aspectos: Reyles es un solitario de nuestra literatura campesina. Zavala Muníz y Montiel Ballesteros continuaron cultivando el tema campesino, siguiendo la huella de Viana y Acevedo Díaz; pero ni Zavala Muníz ni Montiel Ballesteros han agregado nada a la técnica objetiva del primero o al vigor sentimental del segundo.

Justino Zavala Muníz escribió una serie de crónicas noveladas que componen una trilogía: "Crónica de Muníz", "Crónica de la Reja" y "Crónica de un crimen". La primera, cronológicamente, "Crónica de Muníz", es la biografía novelada de un caudillo de las revoluciones blancas, Justino Muníz. En esta crónica se evoca la pasada etapa de las revoluciones blancas de un proceso ya superado en la historia nacional, y traza reciamente la figura de Angel Muníz, el primer caudillo de la estirpe. Sus libros son vigorosos cuadros de ambiente rural, que Zavala Muníz conoce bien y ama entraña-

blemente donde, como dijo Zum Felde, a la par de un agudo análisis de caracteres se encaran con hondura, graves y complejos problemas de ética y sociología, relativos a nuestra realidad campesina.

Francisco Espínola (hijo), uno de los más agudos narradores de la nueva generación, cultivó la novela de tema urbano en "Sombras sobre la tierra", y los temas campesinos en los cuentos de "Raza ciega". Con estilo conciso y rigurosa dicción, Espínola nos da una interpretación subjetiva de la realidad nacional, que adquiere en sus cuentos y novelas vigoroso relieve. Espínola ha cultivado otros géneros, como la novela infantil y el ensayo filosófico, en los que se revela la solidez de su cultura.

En la nueva generación de narradores se destacó Juan José Morosoli. Desgraciadamente, al iniciarse el año desapareció físicamente esta brillante figura de la literatura nacional, cuando más se esperaba de sus dotes de escritor. En 1936 se reveló con "Los albañiles de los Tapes" como un narrador vigoroso. Tiene la misma visión pesimista de Javier de Viana. A través de sus cuadros, los quince que componen el volumen citado, se observa una sucesión de seres caídos, física y moralmente abandonados, ex hombres, como aquellos que describiera en sus cuentos el escritor ruso Máximo Gorki. Su literatura más que una literatura de imaginación es de observación de la realidad de la vida campesina: la fuerza telúrica de sus personajes, sin complejidades psicológicas, se auna a un estilo sencillo que es el que mejor corresponde a este tipo de narraciones; ya que no es posible imaginar que esta gente sana y simple hable un lenguaje culterano.

La predilección de nuestros escritores por el tema del campo, Viana, Reyes, Acevedo Díaz, Espínola, Morosoli, Dosetti, nos coloca en la interrogante de decidir si es la novela uruguaya campesina, o la novela urbana, la que mejor representa genuinamente a la nacionalidad. Por una parte nuestro folklore es esencialmente campesino, del campo nos llegan los modismos, las formas dialectales, la inspiración del paisaje, ya que nuestras colinas y nuestros arroyos le dan a nuestro territorio su fisonomía espiritual. Por otra parte, la literatura urbana en la novela tiene como antecedentes "Brenda", de Acevedo Díaz, que nos describe el Montevideo del 1900; "Cristina", de Daniel Muñoz, y "El cubil de los leones", de Vicente Carrera, evocación arcaica del ambiente malevo del Montevideo del último tercio del siglo pasado. En la literatura actual también han cultivado el tema de la ciudad, Alberto Lasplaces y José Pedro Bellán, en sus cuentos; Manuel de Castro en sus novelas. Entre los narradores más nuevos se destaca la preferencia

por el tema de la ciudad: Oneti, Benedetti, etc. En cambio, Víctor Dotti en "Los alambradores", y Julio C. Da Rosa en "Cuesta arriba", cuentos, sintiendo el campo en profundidad y con conocimiento directo, se perfilan, con Serafín J. García y García Saiz, como acertados cultores del relato campero.

No obstante por la absorción de Montevideo con su casi un millón de habitantes en la vida del país, por el cosmopolismo que se empieza a vivir y por la influencia cada vez mayor de las escuelas europeas, no se puede afirmar que la ciudad no sea el tema futuro de la novela uruguaya. El hombre de campo empieza a ser absorbido por los encantos de la gran ciudad, fenómeno que se observa en toda América. No es lógico pensar por ello que el campo pierda su fisonomía original ni que desaparezca de nuestras letras la tendencia campesina sustituida por otra cosmopolita.